

—¡Bah!—dijo.—¡Tiennet va hacia Vitré y ya está lejos! Nosotros elegiremos nuestros sitios, porque los pavos van á venir.

Entiéndase que los pavos eran los herederos.

Papá y Fiff eligieron cada uno un árbol y se enca-ramaron á la copa. Se instalaron cómodamente en las ramas, y tuvieron paciencia, como gentes que llegan demasiado pronto al teatro y aguardan que se alce el telón.

XLI

En acecho.

Era, en efecto, á Tiennet Blône á quien los Romblon habían visto pasar por el camino de la Mestivièrre montado en el caballo de Fargeau.

Tiennet Blône pasó al galope por entre las dos rocas que flanqueaban la entrada de la plataforma, y detuvo su caballo al pie del roble hueco, fuera del alcance de la vista y del oído de los Romblon.

Echó pie á tierra y penetró en el interior del árbol, donde estaba Berta medio reclinada sobre un montón de hierba y de musgo.

Tiennet se dirigió á ella y le cogió una mano.

Aquella mano estaba fría.

—Señorita Berta—le dijo Tiennet,—¿se siente bastante fuerte para montar á caballo?

—¡Sí!—respondió la joven con voz débil.

Tiennet se arrodilló á su lado.

Después de la escena del salón rojo, cuando Tiennet había saltado por la ventana con Berta en brazos, había dado la vuelta al castillo, creyéndose perseguido. Berta continuaba desvanecida.

Por primera vez en su vida Tiennet tuvo miedo de no ser bastante fuerte para defender á aquella joven, que era la prometida de su amo.

Tomó el camino de la Mestivièrre, no atreviéndose á confiar á Berta á los colonos de la vecindad, porque éstos no conocían aún el testamento de Juan Crehu y debían considerar á Fargeau como su amo.

El roble hueco era un refugio seguro y mudo.

Cuando la joven hubiese recobrado el sentido, contaba Tiennet con buscarle otro retiro. Pero Berta tardó mucho en volver en sí.

Su corazón, como ya veremos, era fuerte y capaz de resistir los más punzantes dolores; pero su cuerpo era débil.

Tiennet le había preparado un lecho de musgo, y le prodigó todos los cuidados compatibles con su inexperiencia; pero perdía la cabeza sin conseguir que la joven volviera en sí.

Tiennet la llamaba; gruesas lágrimas surcaban sus mejillas creyéndola muerta.

Pasó una hora, ¡ay! Berta estaba siempre rígida, pálida y fría.

Transcurrió otra hora más. Tiennet creía volverse loco. Por fin (¡qué dichoso fué en aquel momento!), Berta entreabrió los labios.

Tiennet cruzó las manos para dar gracias á Dios.

Berta volvió lentamente de su desmayo.

Hacia las dos de la mañana se estremeció violentamente en medio de aquel letargo.

—¿Dónde estoy?—dijo.

Después añadió, sin esperar respuesta:

—¡Luciano! ¡Querían matarte!

Tiennet la tranquilizó lo mejor que pudo.

Ella no le contestó, sino que dijo:

—¡Tiennet, se lo ruego, usted que es fuerte y bravo, vaya á salvarle!

El apuro del buen muchacho renació de nuevo.

¿Cómo socorrer á Luciano, á quien, efectivamente, era preciso salvar? ¿Cómo abandonar á Berta? ¿Cómo llevarla?

Entonces fué cuando se le ocurrió volver al castillo mientras duraba la obscuridad, tomar el caballo de Fargeau, y volver, contando con llevarla en él á Vitré, donde aún estaría Luciano.

Además, acariciaba un vago proyecto que iba más lejos aún: partir los tres con aquel hombre que in-

tentaba realizar un viaje á regiones remotas, el rentista Berthelminot.

Huir de aquella liga organizada para el asesinato, porque se sentía demasiado débil para defender eficazmente á Luciano y á Berta contra tantos enemigos.

No se le ocurrió dar parte á la justicia, pues debemos confesar que en nuestras campañas Themis no es una diosa á quien se rinde culto.

Tiennet dejó sola á Berta en el hueco del roble y tomó el camino de Ceuil. Media hora después volvía al galope.

En tanto que Berta recobraba las fuerzas, al otro lado de la roca de que tantas veces hemos hablado se preparaba la gran escaramuza, según decía Fifi Romblon.

En la obscuridad de la noche se oyeron pasos furtivos.

La Luna, que estaba en su último cuarto, aparecía por entre las chimeneas del castillo. Cuando las nubes le daban paso, sus rayos se filtraban por entre los árboles desnudos.

Pero el cielo se nubló de nuevo. En el punto donde los Romblon habían preparado su sangriento drama no se veía á cinco pasos de distancia.

Esto debía bastar.

El primero que se apostó en su sitio fué Fargeau. Aunque creyese haber comprado bastante cara la fidelidad del viejo Romblon, todo su cuerpo temblaba y castañeteaban sus dientes. Se situó detrás de un árbol y permaneció quieto.

Un instante después se oyeron crujir las hojas secas. Fargeau observó atentamente, pero no vió nada. Era Guerineul que se colocaba en su puesto, fusil en mano y bien seguro de no errar el golpe.

Las otras plazas se cubrieron.

Fargeau vió á un hombre apoyado en el árbol vecino, *Primo y amigo*, que se echó el fusil á la cara y apuntó á la cabeza de Houel, el cual no le veía, y á su vez apuntaba á Guerineul.

Fargeau apuntó á *Primo y amigo* á la sien.

Menand joven apuntaba á Morin y era apuntado por Guerineul.

¡Ay, vamos á asistir á la prematura muerte del notario!

El puesto de Besnard estaba al pie de la roca, y su papel consistía en echar abajo á Fargeau, su joven amigo.

Besnard, que era algo desconfiado por naturaleza, pensó que, á pesar de la excelente prima que había prometido, papá podía hacerle traición, y en lugar de apoyarse en la roca, trepó encima de ella, y se tendió á la larga en su parte superior. Desde allí percibía la sombra de Fargeau, al cual asestó su arma.

La señal para disparar debía consistir en un tiro de fusil disparado en el bosque.

XLII

Mortandad general.

Todos estos preparativos se habían hecho sin ruido alguno. Tiennet y Berta por nada del mundo hubieran sospechado lo que pasaba tan cerca de ellos.

En el momento en que Besnard se instalaba en la roca, Tiennet oyó pasos y voces en el sendero que descendía al Vesvre.

Eran dos hombres que subían corriendo.

—¡Desgraciado!—decía el que iba delante.—¡Era preciso haber derribado la puerta!

—¡Y *mamá Rogome* seguramente me hubiera estrangulado!—replicó el otro.

El primero que corría era Luciano Crehu y el segundo Jaume el pastor, que había obedecido á Tiennet, pero que dió muchas vueltas en torno de las ventanas cerradas del Gran Café de la Industria.

—¿Y es aquí donde has visto eso?—dijo Luciano jadeante.

—¡Seguro!—repuso Jaume.—En el roble hueco.

—¿Y no ha ido Berta al castillo?

—Tiennet me había prohibido hablar de la señorita—dijo el pastor rascándose la oreja.

—¿Fargeau—murmuró Luciano—y Besnard!

Sus dedos crispados oprimían maquinalmente la culata del fusil.

—¡Oh!—repuso Jaume.—Tiennet, que lo sabe todo, decía que podían haber perecido los dos.

Luciano se detuvo y se llevó las manos al pecho: su corazón palpitaba, su cabeza ardía.

—¡Calla!—dijo con voz apagada.

Llegaban casi al nivel de la plataforma.

Jaume calló.

Cuando Luciano hubo tomado aliento y reprimido los latidos de su corazón, reanudó la marcha. Jaume y él pasaron en silencio delante del roble hueco.

En aquel momento aparecía la Luna entre dos nubes é iluminó con clara luz el panorama.

Luciano se detuvo.

Acababa de percibir como en un sueño el perfil de Besnard, que había matado su dicha.

¿Era posible que Besnard se encontrase allí, en aquella roca, á las cuatro de la mañana? Luciano, apenas se hizo esta pregunta, se echó el fusil á la cara.

Tiennet, que también le había visto, se lanzó hacia él al otro lado del otero.

Luciano apretó el gatillo del fusil. Al oír la detonación resonó una descarga cerrada.

Siete disparos que formaron uno solo.

Estalló un grito horrible.

Después, mortal silencio.

El bosque, repentinamente iluminado en su profundidad tenebrosa por aquel misterioso rayo, volvió á quedar sumido en la obscuridad.

Besnard bajó rodando y fué á caer á los pies de Luciano. Tenía tres balas en la cabeza y quedó inmóvil.

Jaume había desaparecido.

Tiennet estaba de pie delante de Luciano, cubriéndole con su cuerpo, temiendo un ataque, porque todo era de temer después de aquella extraña descarga.

Nadie apareció, sin embargo. Se inclinó hacia Besnard para reconocerle.

—¡Le ha matado usted!—dijo á Luciano.

Luciano, apoyado en el fusil, vacilaba. Tiennet le hizo montar en el caballo de Fargeau y entró en el árbol en el momento en que Berta, asustada por la detonación, se incorporaba vivamente.

Tiennet dudaba entre Luciano y Berta.

Pero se dijo: «¡Salvémosle ante todo!»

Y sin hablar de la joven, á quien Luciano no hubiera querido abandonar de ningún modo, cogió el caballo por la brida para guiarle en el descenso.

Al otro lado de la roca había una abominable manzana. ¡Misericordia! ¡Cuántos muertos! Fargeau estaba tendido en la hierba, y cerca de él, echado de espaldas, *Primo y amigo*, que tenía á sus pies al viejo Houel.

Morin apoyaba la cabeza contra un árbol; Guerinul había caído sin tener tiempo siquiera de pronunciar el más sencillo de sus juramentos.

¿Y Menand? ¡Oh, qué pena ver á aquella *Alcachofa* descabezada en su mismo tallo! ¡Y pensar que aún era joven, notario real y primo hermano de un boticario, que tenía gustos sencillos, que la cebolla le bastaba para ser feliz! Y he aquí, vencido por la muerte, que parece elegir en el rebaño humano cuanto hay de más lindo, gracioso y amable.

Pero he aquí que Menand joven se mueve, abre los ojos y se levanta.

¡Pero no es Menand solamente! Todos aquellos cadáveres se agitan. Fargeau se arrastra como una cu-

lebra, el viejo Houel rueda como una pelota, *Primo y amigo* se endereza como un espectro.

¿Era aquello una fantasmagoría?

Morin tose. El joven Guerineul escupe y exclama:

—¡Por vida de Dios!...

Todos los presuntos cadáveres se incorporan y se lanzan por el camino como si los persiguiera el Diablo. Nunca las liebres corrieron tan de prisa.

El campo quedó desierto.

En aquel solemne momento los dos Romblon descendieron de sus árboles respectivos, desternillándose de risa.

—Si continúan corriendo así hasta mañana—dijo Fifi,—marchará bien el asunto.

—¿Has visto al viejo Houel pasar por entre las piernas del doctor Morin?—preguntó papá.

—¿Y Fargeau? ¡Vaya un ciervo!

—¿Y la *Alcachofa*? ¡Cómo ha saltado á pie juntillas sobre *Primo y amigo*!

Papá abrazó á Fifi, que no podía dominar la risa.

—¡Nunca hubiera creído—dijo el buen hombre—que la estopa produjera tanto efecto!

—Era de cáñamo—añadió Fifi—la que había servido para cargar los fusiles. ¡Eres ferozmente gracioso, papá!

—Escucha, Fifi—replicó el padre gravemente:—cuando caen buenos negocios, es preciso manejarlos con acierto y sacar toda la utilidad posible. ¿Cuánto te han dado?

—Cuatrocientos luises.

—Y á mí seiscientos, que en junto hacen dos mil pistolas. Trasteando con maña á esos herederos, se puede ganar otro tanto dos veces al año.

—¡He aquí un buen papá!—exclamó Fifi en el colmo del entusiasmo.

Y cogiendo á su padre de un brazo, le hizo bailar, quieras que no, dando la vuelta en torno de la roca. En medio de la danza, cayeron sobre el cuerpo de Besnard.

Al verle quedaron anonadados.

—¡He aquí uno que no ha corrido como los otros!—refunfuñó el papá.

Se agachó y tocó al difunto.

Como no podía ver y sintió los dedos húmedos, se los llevó á la nariz.

—¡Sangre!—murmuró.—¡Este tiene su merecido! ¡Ayúdame!

Romblon padre cogió á Besnard por la cabeza, el hijo por los pies, y de este modo le condujeron hasta el hueco del roble, donde le dejaron sin mirarle. Después se alejaron cogidos del brazo.

* * *

Eran las cinco y media de la mañana cuando Tiennet y Luciano llegaron á Vitré.

El carruaje del señor Berthelminot de Beaurepas esperaba. Tiennet Blône hizo montar en él á Luciano, que no opuso resistencia. Sabía que vivía Berta. Antes de montar abrazó á Tiennet y le dijo:

—¡Vé á buscarla! ¡Nos reuniremos en Grenville! ¡Serás nuestro hermano!

—¡En marcha!—exclamó Berthelminot, que no se dió cuenta de la situación.

El carruaje se puso en movimiento.

Tiennet quedó como clavado en aquel sitio.

—¡Su hermano!—murmuró.

Y su corazón palpitaba. Sus ojos le abrasaban como si tuviera deseos de llorar. Un pensamiento estallaba en el fondo de su corazón.

Hacía tiempo se preguntaba á sí mismo por qué amaba á Berta.

Luciano acababa de pronunciar una palabra que era la respuesta á esta pregunta: la palabra hermano.

¡Y él, Tiennet, no había pensado en ello en medio de los mil acontecimientos que aquella noche le habían sucedido!

¿No decía el testamento quemado que Berta era hija de Juan del Mar?

¡Tenía, pues, una hermana á quien amar y proteger! ¡Una hermana, casi una madre!

Su caballo atravesó la llanura en pocos minutos, y sus ijares sangraban cuando Tiennet se detuvo al pie de la Mestivière.

¡Qué alegres esperanzas le animaban!

¿Cuánto tiempo era preciso para llegar á Grenville y reunirse con Luciano? Doce horas.

Tiennet estaba loco al subir el sendero.

—¡Mi hermana—decía,—mi hermanita adorada!

El día comenzaba á despuntar.

Tiennet se lanzó hacia el roble hueco con los brazos abiertos y la sonrisa en los labios.

En el roble hueco no había más que el cadáver desfigurado de Besnard. Berta había desaparecido.

FIN DEL TOMO PRIMERO



ÍNDICE

	Págs.
I.—Juan del Mar.....	8
II.—El cirio.....	16
III.—Berta la ciega.....	25
IV.—Las flores de Mayo.....	32
V.—Tiennet Blóne.....	39
VI.—El pequeño <i>Argent</i>	48
VII.—Gran Café de la Industria.....	53
VIII.—El señor Berthelleminot de Beurepas.....	58
IX.—Mamá Rogome.....	67
X.—El golpe del ariete.....	73
XI.—En que Tiennet Blóne se muestra demasiado atrevido.....	78
XII.—La señora Marion, propietaria ...	83
XIII.—En que Tiennet Blóne pide una madre.....	88
XIV.—Sobre el Crucifijo.....	94
XV.—La Mestivière.....	101
XVI.—Dos garrotes de acebo.....	107
XVII.—El artículo 916.....	115
XVIII.—Un demonio y una mujer.....	121
XIX.—Tentación.....	126
XX.—¡Pobres amores!.....	134
XXI.—Comedia.....	146
XXII.—Infamia.....	151